

**CUADERNOS DEL MOVIMIENTO
NACIONALISTA PAMPERO Nº 1**

© EDITORIAL SUDESTADA
Queda hecho el depósito de ley.
BUENOS AIRES, ARGENTINA - 1969

**JUVENTUDES ARGENTINAS PARA LA EMANCIPACION
NACIONAL
J. A. E. N.**

EL MOVIMIENTO NACIONAL Y LA IGLESIA

**(LLAMADO A LA CONCIENCIA DE LA IGLESIA,
A PARTIR DE LOS DOCUMENTOS DE MEDELLIN)**

1

**CUADERNOS DEL MOVIMIENTO
NACIONALISTA PAMPERO
BUENOS AIRES**

1969

En el mes de abril de 1969, los Obispos de la Iglesia Argentina se reunirán para estudiar, a la luz de nuestra realidad, la aplicación de los documentos elaborados por la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín (Colombia).

Ante la trascendencia de dicha reunión y conscientes del papel que puede desempeñar la Iglesia en el proceso de la liberación nacional, el Movimiento de la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional (J.A.E.N.) redactó un documento que, desde la posición del campo nacional, analiza la trayectoria de la Iglesia Argentina y plantea ante ella la necesidad de una conducta auténticamente popular y revolucionaria.

Los compañeros del Movimiento Nacionalista Pampero (M.N.P.) hicieron conocer el trabajo entre otros sectores del pensamiento político nacional que adhirieron a sus contenidos.

La Iglesia Argentina tiene ahora la palabra. De su respuesta depende que participe o no en la tarea de la hora: hacer la Revolución Nacional.

Marzo de 1969.

1. — *Quiénes somos y a quién hablamos.*

Nosotros, Juventud Nacional y Popular, cansados de la actitud timorata y claudicante de la Iglesia Argentina ante los problemas que la historia actual plantea a nuestro país y a la gran Nación Latinoamericana, en representación no sólo de la juventud cristiana de la patria, sino también de todos los que ven en los miembros esclarecidos de la Iglesia una parte de la vanguardia que lucha por la liberación de América Latina, acercamos nuestra palabra a la reunión de los Obispos que estudiará la aplicación en la Argentina de los documentos de Medellín.

No llegamos pidiendo permiso para entrar en el cenáculo, ni solicitando un minuto de clemente atención para los hijos rebeldes que regresan cargados de piedras de las calles de París, o vistiendo un uniforme verde oliva de guerrilleros a ultranza. Somos jóvenes argentinos, que viven física y espiritualmente en Argentina, que buscan soluciones nacionales a sus problemas nacionales, que rastrean en las enseñanzas de su propia historia la clave del dilema que ha producido la marginación espiritual y económica de media nación a costa del enriquecimiento absurdo de la otra mitad.

Nos sentimos incluidos entre la juventud que perfectamente individualiza la reunión de Medellín: "Ella se presenta, en gran parte del continente, como un nuevo cuerpo social portador de sus propias ideas y valores y de su propio

dinamismo interno. Busca participar activamente, asumiendo nuevas responsabilidades y funciones, dentro de la comunidad latinoamericana”¹.

Sabemos que somos el futuro de Latinoamérica. Lo quieran las clases dominantes actuales o no. Sabemos que el proceso de conciencia no vuelve atrás. A lo sumo echará a algunos por el camino y morirán en la soledad de los tiempos por venir al preferir la comodidad de lo conseguido y conocido antes que la osadía de crear la nueva situación que rompa el engaño del poder, la propiedad y la cultura de la minoría. “Los jóvenes, más sensibles que los adultos a los valores positivos del proceso de secularización, se esfuerzan por construir un mundo más comunitario, que vislumbran quizás con más claridad que los mayores”². Y este mundo a construir mañana es de nosotros. Pero comienza hoy. Y hoy venimos a poner nuestras evidencias sobre la mesa, en pie de igualdad porque en pie de igualdad compartimos la responsabilidad de hacer la patria. En diálogo equidistante para que de una vez por todas la Iglesia total asuma el camino tan verbalmente remanido del compromiso en la acción. El camino de la liberación de los pueblos.

a) *La lejanía pastoral.*

Bastaría comprobar la religiosidad del pueblo latinoamericano, y del nuestro en particular; o escuchar el rumor que levanta cada palabra clara y decidida lanzada por la Iglesia

en favor de los que sufren persecución y miseria, para que de una buena vez nuestros engolados y retóricos Obispos perdieran el temor y dejaran de realizar la traición al verdadero pueblo de Dios. Pero es tan grande la cadena que sujeta a la rutina de la vida, es tan corto el vuelo espiritual, que no se alcanzan a elevar los ideales por sobre el yugo de los poderes y las presiones; es tan potente la soberbia autosuficiente de quienes se creen no sólo poseedores de toda la verdad y de todos los carismas, sino “siervos” de un dios abstracto y lejano, mistificado hasta el punto de descarnarlo y olvidarse de sus criaturas hechas a su imagen y semejanza, del verdadero pueblo de Dios hacia el que debe dirigirse cada uno de sus esfuerzos, cada uno de sus gestos. Pero qué gestos puede apreciar el pueblo, para quien los Obispos no son más que señores de reuniones sociales o políticas, vestidos con estridencia por causa de una moda anacrónica y un boato ceremonioso; de palabra lejana y esterotipada; normalmente envueltos en una nube burocrática, que los aparta del contacto, no ya personal, pero ni siquiera objetivo de los problemas, siempre tamizados por los intereses o las carencias de los subalternos, que hacen recordar las terribles palabras del profeta: “Fueme dirigida la palabra de Yavé, diciendo: Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel. Profetiza diciéndoles: Así habla el Señor Yavé: Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos. Los pastores, ¿no son para apacentar el rebaño? Pero vosotros coméis la leche, os vestís de su lana, matáis las cebadas,

no apacentáis a las ovejas. No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no redujisteis a las descarriadas, no buscasteis a las perdidas, sino que las dominabais con violencia y con dureza. Y así andan perdidas mis ovejas por falta de pastor, siendo presa de todas las fieras del campo. Andan errantes por montes y collados, derramadas por toda la haz de la tierra, sin que haya quien las busque y las congregate. . . oíd, por tanto, oh pastores, la palabra de Yavé: Así habla el Señor Yavé: Heme aquí contra los pastores para requerir de sus manos mis ovejas. No les dejaré ya rebaños que apacienten, no serán más pastores que a sí mismos se apacienten. Les arrancaré de sus bocas mis ovejas, no serán ya más pasto suyo" ³.

Y esto viene justo para recordar las profundas declaraciones sobre el indiferentismo religioso del pueblo; nos vuelve a visualizar los templos cada día más vacíos, mientras la piedad popular continúa encendida en la intimidad de los hogares; los seminarios con sus enormes claustros sólo visitados y recorridos por las hojas del otoño y el polvo de los jardines, mientras por una extraña e infalible intuición el pueblo sigue fiel a los sacramentos básicos y a las formas de devoción sencillas y directas. ¿De dónde brota la falla? ¿Acaso hemos escuchado alguna vez enseñar con palabras sencillas pero claras "las razones por las que hay que resolver los gravísimos problemas acerca de la posesión de los bienes materiales, de su incremento y recta distribución, acerca de la paz y de la guerra, y de la convivencia

fraterna entre los pueblos" ⁴? ¿Acaso cualquiera de las alocuciones del Primado o de los Obispos no han sido realizadas para ser recibidas a la misma altura del poder civil, mientras el pueblo, mucho más abajo de ese nivel, se sentía incapaz de penetrar en las páginas cuadradas y plomizas de los diarios para enterarse del mensaje pastoral? Como siempre, la clase dirigente se olvidó de sus dirigidos y circunscribió el juego a aquellos que tenían el poder nominal en sus manos y a los otros que, sin poder gubernamental, condicionan las acciones mediante el desenfado de sus coimas y chantajes.

¿Acaso no sabe todo el mundo que, en su flexibilidad política, la Iglesia terminó siempre abrazada al poder de turno en su intento denodado por subsistir y pactar para no perder el mendrugo de sus ingresos, la posesión de sus propiedades, y el derecho liberal a encerrarse en sus sacristías y perorar sobre la resignación cristiana basada en la justicia misericordiosa de Dios, mientras sus sostenedores realizaban su propia justicia en este mundo, profundamente descreídos en el más allá, practicantes de un laicismo real y un religiosismo de ficción y figuración; salvaguardados, por lo que pudiera pasar, por la extremaunción que sobre la hora les aplicaría el cura amigo: receptáculo de sus múltiples donaciones conseguidas a costa de sus obreros, a costa de los pobres y débiles que, según el Evangelio, son los principales sujetos de la predicación y del cuidado pastoral? ¿Cuándo, en una forma integral y continuada (y no

como el rapto sentimental posterior a un arrepentimiento) se trató de romper con el espíritu filantrópico, barnizado con la palabra caridad, y se buscaron las soluciones de fondo que hacen a los problemas del poder económico y a su presión; a la propiedad; al poder político? ¿Cuándo "para procurar mejor el bien de los fieles, según la condición de cada uno, —se esforzaron— en conocer bien sus necesidades y las condiciones sociales en que viven, usando de medios oportunos, sobre todo de la investigación social. —Se mostraron— interesados por todos, cualquiera que sea su edad, condición, nacionalidad, ya sean naturales del lugar, ya estén de paso, ya sean extranjeros. En el ejercicio de esta actividad pastoral por sus fieles, —respetaron— el papel reservado a ellos en las cosas de la Iglesia, reconociendo también la obligación y el derecho que ellos tienen de colaborar en la edificación del Cuerpo Místico de Cristo" 5?

b) *La Iglesia y el proceso político.*

Sin embargo, en su afán por emparchar un sistema que se cae a pedazos, por conservar la paz en el "orden" (sin preguntarse de qué "orden" se trataba y contentándose siempre con el formal y externo) la Iglesia ha buscado denodadamente salidas a cualquier precio: y un tiempo fue oligárquica con Alvear; y otro militarista con Uriburu; y luego de nuevo "democrática" con Justo, Ortiz y Castillo; y finalmente fue popular y nacional con el pe-

ronismo, hasta que el falaz sofisma de su mediocridad la enredó en sus traumas de clase media, y lloró por las "libertades cívicas conculcadas" (mientras las apoyaba en España) y por la moralina sexual de las niñas perseguidas por los jardines de la UES. Sin darse cuenta de que al descomponerse el régimen lo más importante no era la libertad de prensa de Gainza Paz que se perdía, sino la oportunidad de que un pueblo entero y unánime realizara su verdadero destino histórico participando realmente en el proceso. Y entonces fue libertaria y la cruz adornó los aviones, y la bandera papal ondeó en el barrio norte y las iglesias se llenaron de fieles (siempre en los barrios clásicos), y una vez más la Iglesia se alió con el bando anti-nacional; se abrazó con las logias masónicas que tanto anatematizara, y se contempló caminando por la misma ruta de la internacional de Moscú que rebuscaba en las directivas de su burocracia partidaria una vanguardia popular que en realidad colaboraba a destruir; y hubo otra vez Te Deum, y pronto colegios católicos, y más tarde universidades católicas, y otra vez la púrpura junto al presidente de turno, sin vergüenza y sin pudor, de que los liberales de siempre se disputaran la sartén con la saña del arribismo y la total prescindencia de la representatividad. Mientras que los sujetos de la predicación volvían a las huelgas, a los planes de austeridad, a pasar el invierno, a ajustarse los cinturones. Esa ruptura del año 1955 no se ha vuelto a recomponer. Y esto tiene que estar bien claro, pese a los casos aislados de sa-

cerdotes con real sentido de su tiempo. La Iglesia como imagen total, y principalmente a partir de su cabeza, sigue separada del pueblo.

c) *Frutos de la ruptura.*

En estas circunstancias, aparte de las excepciones inevitables pero que no justifican a toda la institución, la Iglesia adoptó dos posturas: por un lado ampararse (como en los últimos tiempos del zarismo lo hizo el Santo Sínodo de la Iglesia Rusa) en una agudización del misticismo y de la ascética, ante la pérdida del control de la realidad. Entonces nacieron los grupos de élite que debían dedicarse intensamente al perfeccionamiento aislado de sus propias vidas y a un misterioso "apostolado" que sólo recogía almas formales para una religión formal. Cuantos más fueran a Misa los domingos, con conciencia o sin ella, mayor sería la satisfacción de Dios. El Movimiento Familiar Cristiano, por citar un ejemplo, crece con la misma base de individualismo y dicotomía entre la vida de la fe y la del quehacer humano cotidiano, requiriendo ingentes esfuerzos de tiempo y dedicación de los asesores para realizar una revisión de vida parcial e inútil por carecer de una trascendencia social. Poco tiempo después nacieron los primeros intentos sociales (A.M.A.; EMAUS; grupos de trabajo en villas de emergencia) que, pese a su buena voluntad muy intrínseca, no eran más que un antídoto de conciencia para aquellos que, una vez cumplida su visita semanal, regresan a su

casa con la posibilidad de usar toda una plusvalía no sólo económica, sino también espiritual y cultural. El barro de las villas miseria nunca llegó a penetrar más allá del cuero de los zapatos, y el dolor de sus habitantes no llegó a servir más que para un emocional y temporario mea culpa personal de cada turista de la miseria. La predicación se hizo lejana a fuerza de un lenguaje de casa de formación y de curso de teología, que no era traducido al que pudiera ser inteligible para el pueblo.

De nada valía todo eso: "¿A mí qué, dice Yavé, toda la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros, del sebo de vuestros bueyes cebados. No quiero sangre de toros, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién os pide eso a vosotros, cuando venís a presentaros ante mí, hollando mis atrios? No me traigáis más esas vanas ofrendas. El incienso me es abominable; neomenias, sábado, convocaciones festivas, las fiestas con crimen me son insoportables. Detesto vuestros novilunios, y vuestras convocatorias me son pesadas; estoy cansado de soportarlas. Cuando alzáis vuestras manos, yo aparto mis ojos de vosotros; cuando multiplicáis las plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Laváos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituíd al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda"⁶.

En el otro extremo de la plataforma eclesial aparecieron entonces los hombres de la mo-

dernidad a todo trance. Y primero fueron las guitarras, los trajes de calle y los mocasines, con los cuales se intentó ponerse al día con el mundo secular. Después comenzó la actualización pastoral, teológica y ascética y, mientras el pueblo carecía de una mínima catequesis renovada que le explicara la manera de encarnar su fe en este valle de chapas de cartón y borrachera semanal consoladora, los clérigos se debatían con profusos artículos y conferencias sobre si Teilhard de Chardin estaba en la verdad o no, o si los anticonceptivos debían dejarse a la libertad de conciencia de los cónyuges. ¿De qué anticonceptivo podía hablar el grupo subhumano de una villa miseria, o los pobladores de un villorrio de Jujuy, donde el paso es más brutal y sólo existe el aborto con agujas de tejer o el chorro de soda de un sifón?

Por otra parte, las reuniones del Concilio sirvieron para que el internacionalismo de la Iglesia volviera a rendir los frutos del colonialismo y la dependencia intelectual. Cuando de pronto en el campo de la cultura empezábamos a despertar hacia formas propias, los sacerdotes iniciaron la importación de la problemática religiosa europea plasmada en otro trasfondo histórico y en otras circunstancias actuales. Ante la tarea de responder a los conflictos propios, se prefirió ser divulgadores de la creación de otros y volvió a vivirse de prestado. Entonces, siguiendo a los Obispos de la sociedad de consumo, algunos sacerdotes más católicos que el Papa y más progresistas que los teólogos holandeses se sintie-

ron morir por el desencanto que a sus ansias de clase media opuso la actitud valiente de Paulo VI con su encíclica "Humanae Vitae"; y, por otro lado, ante el heroico gesto del Padre Camilo Torres, no faltaron los clérigos pseudoguerrilleros verbales que invadieron desde las organizaciones eclesiales hasta las aulas de las universidades nacionales instando a una violencia que provenía de un proceso de racionalización de la miseria y que, por ser racional, buscaba soluciones que eran simples entelequias deshinchadas, separadas totalmente de los anhelos, las necesidades y las formulaciones que realiza el pueblo. Omitieron que para liberar al pueblo no bastan solamente las ideas; así como los teólogos se olvidaron de que las elucubraciones llegan a un punto en que sólo sirven a los iniciados y pasan desapercibidas para la masa. A la Iglesia, en definitiva, le faltó vivir y le sobró gabinete. No recordó que el pueblo desconocía quien era Karl Rahner, pero tenía muy cerca de su corazón, intuitiva y sabiamente, a Juan XXIII que le había transmitido La Palabra con fuego, con convicción, pero sobre todo con claridad y sencillez.

d) Síntesis

Este cuadro triste y demoledor es la imagen más cierta que se tiene de la Iglesia, lo quieran o no los Obispos. Es el cuadro total, por más que el pueblo sepa reconocer aquí y allí los sacerdotes, las obras, los intentos que son rescatables y en los que la Iglesia se recon-

cilia con el Cristo de Belén, con el del látigo en el Templo echando a los vendedores (cruel imagen de tantos mercaderes actuales que han invadido los lugares sagrados), con el Crucificado cubierto por un simple taparrabos y escarnecido por el poder.

Pero esas islas no bastan para que el concepto cambie, cuando la palabra definitiva viene de personas a quienes ven como reyes del equilibrio dentro de la parodia circense nacional. Porque la homilía de un curita rural puede ser muy alentadora para las personas que lo escuchan, pero la pastoral de un Obispo es, casi siempre, un mazazo de esperanzas y equilibrios sobre la espalda de los que únicamente han esperado y están, desde su nacimiento, caminando sobre la línea que separa la marginalidad total de la delincuencia o la miseria y la falsa integración en una sociedad que siempre les presenta más apetencias frustrantes que las posibles de alcanzar.

A esta Iglesia Argentina venimos a hablarle hoy. Porque Medellín ha sido una voz positiva. Porque Medellín y sus declaraciones valientes hizo olvidar la deplorable utilización que los políticos y monopolistas del continente hicieron del Papa. Porque esas declaraciones, que ya no hablaban simplemente de superar el subdesarrollo como en la reunión de Mar del Plata, dijeron que la tarea era la liberación total del hombre y reivindicaron así a todos los niños pordioseros que el gobierno de Colombia encerró en colonias lejos de la capital, o a las prostitutas que pasaron el Congreso Eucarís-

tico encerradas en cárceles y hospicios para no dar al Papa el deplorable espectáculo de la degradación humana, fruto de la miseria material del continente.

A la Iglesia Argentina venimos a hablarle para que deje de una vez el "estudio" de las cosas y se decida a crearlas. Para que rompa su quietismo y el de los cristianos todos, a quienes siempre les falta un "cursillo" más para llegar a la verdadera "madurez" para la acción.

O la Iglesia habla, o la Iglesia perderá la voz poco a poco. Dios sacará a las ovejas de la boca de sus pastores. La autocrítica vendrá desde afuera y será demoledora. De nada valdrán las iracundias ante una supuesta falta de respeto a la jerarquía y a las cosas falsamente llamadas sacras. El pueblo, como en el Antiguo Testamento, se dará nuevos pastores que tengan la palabra de Dios en su boca.

2. — *Los documentos de Medellín.*

Sobre los documentos propiamente dichos, sólo queremos hacer algunas apreciaciones. Primero porque sería inútil repetir trozos de un texto que creemos suficientemente revisado por los Obispos; segundo porque desearíamos mostrar que nuestro país no es una mosca blanca en el continente, y que la falsa afirmación del desarrollo argentino y del bienestar general del pueblo no es más que el prisma de cierto grupo aglomerado en las grandes ciudades, que analiza la realidad a partir de sus cuotas para los artículos del hogar, los restaurantes y espectáculos completos de los sá-

bados a la noche, o su veraneo cada vez más corto en Mar del Plata o en las Sierras de Córdoba.

La primera afirmación que nos parece importante: "Al hablar de una situación de injusticia nos referimos a aquellas realidades que expresan una situación de pecado"⁷. Si, consecuentemente, las formas de injusticia que cita el documento de la Comisión Nº 1 se dan en la Argentina, el pecado existe en esas circunstancias y entonces es campo más que adecuado para que la Iglesia haga sentir su voz, habiendo gastado hojas enteras de la prensa internacional para aclarar si la señora Jacqueline Onassis estaba dentro o fuera de la Iglesia, haciéndole el juego a la frivolidad mundial y a los intereses de la propaganda y de la "vida social" que se movían detrás.

a) *El colonialismo interno.*

Entre las formas de injusticia que crea el colonialismo interno, el documento de la Comisión Nº 1 cita: las diversas formas de marginalidad; la desigualdad excesiva entre clases sociales; las formas de opresión de grupos y sectores dominantes.

Del primero de estos tópicos no cabe hablar porque los cinturones de las villas miseria que rodean las grandes ciudades nos eximen de hacerlo; las crónicas policiales son las mejores muestras de su realidad extrema; las poblaciones artesanales de las provincias, viviendo el ritmo y la cultura de la colonia (mientras

el mundo, prescindiendo de ellos, se extasía ante la llegada a la luna, o llora melodramáticamente la muerte de un presidente que las aldeas desconocen, careciendo de patrones para medir su trascendencia) construyen una existencia que para los poseedores de la cultura ya ha sido desechada y superada.

Contra las desigualdades sociales extremas, los sostenedores del statu quo siempre tuvieron una excusa generosa en nuestra patria: la clase media. Este acomodaticio balancín con límites nebulosos, capaz de absorber y expeler a cualquier cantidad de ciudadanos que caminarán por el sendero de la "movilidad social"; grupo lleno de egoísmo, capaz de la más denodada y cruel competencia con sus semejantes para lograr el propio surgimiento; fuente inagotable de vicios menores: no roba, ni mata... pero sí tiene una gestoría; sí coímea en la aduana; sí roba papeles y lápices de la administración pública; sí quita 100 gramos en el peso de un kilo de azúcar. Es el insensible, el no te metás, el anti-comunidad de trabajo y esfuerzo. El típico fruto del liberalismo y, por eso, empedernido adalid de la libertad en sus formas más comunes, de las que es víctima inconsciente a la vuelta de la esquina. Porque nunca es el dueño verdadero de las mismas. Porque, a pesar de usarlas y por eso sentirse dueño de ellas, las paga en cuotas; las utiliza donde una propaganda, utilitaria para los fines de los grandes intereses capitalistas, se lo indica. Este grupo ha hecho creer que en la Argentina no existen extremos. El mismo es el primer propagador de tal verdad.

Pero resulta que ese es el hombre que nunca ha lanzado la vista más allá de los límites ciudadanos. Es el que siempre recorrió los 400 kms. hasta Mar del Plata, y nunca cruzó las salinas de San Luis donde la gente vive en cuevas que excava bajo tierra; nunca entendió por qué el carnaval de la puna es una orgía al regresar los pocos hombres jóvenes a los poblados después de vagabundear de zafra en zafra durante el año, mientras las mujeres cuidaban de unas pocas y desnutridas cabras. Fuera de las ciudades, el biclasismo es un hecho también en la Argentina, y hay que decirlo de una vez por todas: "Pocos tienen mucho (cultura, riqueza, poder, prestigio...), mientras muchos tienen poco"⁸. El mismo Papa ha calificado de "innoble nivel de vida"⁹ el de las poblaciones nativas de nuestro continente. Lo mismo diría si pudiera ver los pueblos de los grupos indígenas que aún se conservan en el Chaco, en Neuquén y en el extremo austral del país. Ante estos lacerantes estigmas de la patria, la Iglesia ha salido tíbicamente a la calle. Ha hablado con lenguaje mesurado y técnico, pero nunca con la contundencia y convicción con que ha vapuleado la "baja en la moral de las costumbres"; con que ha atacado la creación de los artistas, amparando la censura ejercida por personas sin calificación para juzgar una realidad que desborda sus limitados panoramas de visión. ¿Acaso la Iglesia ha puesto alguna vez tanto empeño (con total deseo de lograrlo, y no con la preanunciada intención de contemporizar, de entender, de negociar) en exigir la acción enérgica sobre las bases reales de nues-

tro desnivel social, como lo ha hecho en erradicar las parejas de enamorados de las plazas públicas, mediante las infinitas ramas de sus asociaciones familiares?

La Iglesia debe entender que mientras su actitud no tenga la libertad total para prescindir de sus lazos con el poder, que son los lazos con la propiedad, nunca su palabra será clara y concreta. Siempre habrá que atemperar; siempre habrá que cuidar lo conquistado; siempre será dependiente.

Para la Iglesia latinoamericana también es necesario que suene la hora de su liberación.

Liberación de esas formas de opresión de grupos y sectores dominantes, que los documentos de Medellín citan como una de las formas más oscuras del colonialismo interno. Formas de opresión que a veces justifican los Obispos, surgen de "una insensibilidad lamentable de los sectores más favorecidos frente a la miseria de los sectores marginados"¹⁰. Pero es que después de tantos gritos, después de tantas estadísticas, después de tantos discursos papales; ¿puede quedar alguna "lamentable insensibilidad" que no sea culpable? Y, lo que es más grave aún, ¿puede llamarse "insensible" o "ignorante" a esos grupos o sectores que califican de "acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios"¹¹, o a aquellos que recurren finalmente "al uso de la fuerza para reprimir drásticamente todo intento de reacción"¹² o a los que encuentran "aparentes justificaciones ideológicas (verbi-gracia: anticomunismo) o prácticas (conserva-

ción del "orden") para cohonestar este proceder" 13? Y en este punto también la Iglesia Argentina está en deuda con su pueblo. Porque de su amplio seno han salido grupos mimados por la complacencia de muchos Obispos, que con la fácil excusa del anticomunismo han servido para defender la pobreza y la humillación. Sirva como ejemplo actual la Asociación para la Defensa de la Propiedad, la Tradición y la Familia (Cruzada), con miembros de largo historial en los grupos de la actividad política. Ellos pueden realizar a lo largo del país actos con total aprobación y prescindencia de la policía, y hasta con cartas de autorización de gobernadores y altos funcionarios nacionales, mientras las manifestaciones de los desocupados de Tucumán son reprimidas a palo limpio. Pueden tener stands propagandísticos en la exposición ganadera de la Sociedad Rural Argentina para "educar" al pueblo sobre el "verdadero" sentido de las encíclicas sociales, mientras su propio nombre y el orden de prioridades de su defensa están ya indicando bien a las claras su origen y su trasfondo. Y esto no sería todo, si su acción no estuviese respaldada por una abundante subvención económica realizada con colectas nacionales y con aportes extranjeros, vía Brasil, que es en definitiva dinero de la CIA y de los neocolonialistas europeos. Hay Obispos de larga amistad con ellos; de prolongada labor de consejo; de apoyo moral como no lo han dado a hombres que se han jugado por la pobreza y los pobres de Cristo.

Y nada digamos de los conspicuos católicos que integran las asociaciones en defensa de los

principios "occidentales y cristianos" (vgr.: FAEDA) que nos empapelaron la ciudad con afiches donde padres preocupados debían vigilar a sus hijos para que no cayeran en la terrible tentación del guerrillerismo, u otros donde se ejemplificaba la situación de la persona humana en los regímenes comunistas a través de la metáfora de unos títeres, mientras la Iglesia inspiradora de esa adversión, y calificadora del sistema como "demoníaco", colaboraba en la instalación del primer complejo industrial occidental en la URSS, mediante la compañía FIAT de la que el Vaticano es uno de los principales accionistas, según el informe de la compañía de auditores norteamericanos que realizó el relevamiento económico previo a la creación de la Secretaría Financiera del papado (Cfr. Visión, Enero 1969: "Las finanzas del Vaticano").

Situaciones como ésta abundan. Y es que los tiempos han cambiado. Ya la Iglesia, como institución que participa de los acontecimientos humanos, que opina políticamente, y que presiona en el mundo, no puede pretender sortear el juego de fuerzas de las estrategias políticas escondida bajo la capa de inmunidad de su principal vocación espiritual. Cada palabra del papado está cargada de implicancias que superan su razón religiosa. Es hora de asumirse totalmente o de claudicar. Es hora de encarnar el angelismo, o sufrir las consecuencias.

Ya nadie puede decir impunemente que es accionista de FIAT por razones de simple "financiación apostólica". Nadie puede dominar Cuzano, sin sentirse colaborador del capital internacional. Nadie puede dejar librado al buen en-

tendimiento de los que salvan cualquier cosa el que, por una punta el papado hable de paz, y por la otra coloque sus dineros a interés en empresas norteamericanas. En el mundo actual se terminó casi la benevolente comprensión, sobre todo a estos niveles. Y no hay sacralidad que lo proteja cuando las acciones son eminentemente humanas y de consecuencias políticas, sociales y económicas. Todo el mundo ha tomado conciencia. El pueblo ha tomado conciencia. El pueblo ha tomado conciencia de que puede hablar y decir las cosas, y el mismo Papa le ha dicho que "...no podéis tolerar que estas condiciones deban perdurar sin ponerles solícito remedio"¹⁴

b) *El neocolonialismo externo.*

En cuanto a los problemas que plantea el Neocolonialismo externo, el primero que se cita es la dependencia de un centro de poder económico. Y aquí es necesario aclarar las cosas nuevamente. Sería muy fácil caer en el viejo estereotipo de la izquierda marxista y revolver el barro que acumula el imperialismo norteamericano. Creemos que ya nadie, salvo los intereses directamente ligado a EE.UU., pueden defender su política de capitalismo y neocolonialismo. Pero ahora es necesario machacar constantemente en que ya no sólo somos bocado apetecible para el imperialismo de occidente, sino que Rusia también abre sus fauces ansiosas de anexar colonias en su carrera competitiva con el imperio americano. El equilibrio de las dos potencias es evidente y el llamado "tercer mundo"

debe saber luchar por su verdadera liberación total.

Pero en los últimos postulados de nuestros aprendices de mago desarrollistas ha aparecido una nueva brecha por donde las fuerzas anti-nacionales comienzan a ingresar: el neocolonialismo de las fuerzas económicas de la Europa resurgida de la post-guerra. Suecia, Alemania, Italia, Bélgica, Holanda, etc., aparecen como los salvadores no comprometidos de los países latinoamericanos, asiáticos y africanos. Y una vez más comienza la cadena de nuestro cepo. Y una vez más será el pueblo quien deba pagar con su sacrificio los créditos de los dirigentes que no pueden exigir de la nación el esfuerzo y el trabajo que un verdadero líder nacional arrancarí de cualquiera de nosotros para lograr el resurgimiento esperado.

Por último, es necesario añadir que la dependencia no sólo se centra en un eje económico. Ahora la tecnología avanzada se presenta como la nueva manera de la penetración. Y son los satélites de comunicación y las computadoras los que nos encadenan a los centros de la investigación y la creatividad mientras nosotros nos esforzamos por formar técnicos aplicados que luego escapan a los complejos de ciencias puras donde realmente pueden realizarse como personas que piensan y producen.

Este es otro de los temas importantes: la fuga del capital económico y humano de Latinoamérica. Ya ni es necesario hablar de la fuga de capitales económicos realizada, vía Suiza, por aquellos que el documento llama magnánimamente "lamentables insensibles". Pero sí es

conveniente recordar a la Iglesia la total inconsciencia social con que remite colectas no pequeñas para financiar las obras "internacionalistas" del Vaticano, mientras goza en el país de todas las inmunidades impositivas y, por sobre todo, de la continuada e inocente limosna de los fieles argentinos.

Hoy es imprescindible hablar también de la juventud que se evade de nuestros países hacia las metrópolis del saber, después de haber costado años de formación y desembolsos incontables hasta su graduación. Pero mientras no sepamos afrontar la tarea de crear nuestra propia investigación y, consiguientemente, nuestra tecnología, vanos serán los cantos de sirenas que instan a su retorno. Mientras no se jerarquice y retribuya convenientemente la tarea docente, inútil será suspirar por verdaderos maestros.

En este punto también la Iglesia tiene su mancha negra al haberse dejado arrastrar por el sistema. En 1958 se le abrió la posibilidad de crear una nueva realidad universitaria mediante la instauración de la libertad de enseñanza, declarada en ese momento casi pura y exclusivamente para usufructo de la Iglesia y sus adláteres laicos. Pero una vez más la Iglesia falló ante el desafío. Una vez más la Iglesia fue apologetica en lugar de carismática. Una vez más la Iglesia compitió contra sus fantasmales enemigos y fue derrotada.

Fracasó porque copió las estructuras de una universidad nacional perimida y en constante inquietud por la necesidad de reformas. Creó las facultades más inútiles del país: abogacía, me-

dicina, farmacia, ingeniería civil, etc.; y queriendo ser coherente con sus propios enunciados, abrió facultades humanistas que al poco tiempo se convirtieron en las cenicientas del sistema.

Diversificó sus esfuerzos en multitud de pequeñas instituciones que se multiplicaron y superpusieron para finalmente terminar anquilosadas en las clases magistrales, en las cátedras feudo y en la burocracia reglamentaria y prohibitiva.

Parece ser una radiografía de nuestras universidades católicas, en lo que respecta a su caudal docente y académico, lo que dice el documento de la comisión Nº 3: "Nos parece que el contenido programático es en general demasiado abstracto y formalista. Los métodos didácticos están más preocupados por la transmisión de los conocimientos que por la creación de un espíritu crítico. Desde el punto de vista social, los sistemas educativos están orientados al mantenimiento de las estructuras sociales y económicas imperantes, más que a su transformación. Es una educación uniforme, cuando la comunidad latinoamericana ha despertado a la riqueza del pluralismo humano; es pasiva, cuando ha sonado la hora para nuestros pueblos de descubrir su propio ser, pletórico de originalidad; está orientada a sostener una economía basada en el ansia de "tener más" cuando la juventud latinoamericana exige "ser más" en el gozo de su autorrealización, por el servicio y el amor"¹⁵.

Y esto no podía ser de otra manera, porque se comenzó viciadamente. Por ansia de fama y

figuración, se llamó a colaborar a los copetes de la enseñanza tradicional, y vinieron; pero así también se fueron cuando sufrieron las consecuencias de sueldos mínimos y de trabajo intelectual recortado por la censura apologética. Jamás se pensó en la gente joven, hasta que éstos fueron los únicos que pudieron tapar los huecos y, entonces, ya era tarde. Salvo contadas excepciones, el nivel docente de las universidades católicas es dolorosamente deficitario.

Como si lo académico fuera poco, erraron también en lo económico. Comenzaron montando estructuras que se les fueron de las manos, porque seguían con el viejo esquema de pensar que las obras de la Iglesia siempre podían sostenerse con la caridad ajena. Y una universidad era una empresa. Surgió el déficit, y aparecieron los infaltables mecenas salidos de la noche de sus negocios y de la luz difusa de las iglesias. Y ellos sacaron del agua los pesos que faltaban, pero así también las condicionaron a un modo de pensamiento y redujeron su posibilidad de ser flexibles en las osadías que pudiera afrontar la labor de los pensadores. Y nada preguntemos sobre el origen de esos subsidios porque otra vez la explotación del obrero aparecería como origen del dinero de la donación (Cfr. La Razón, jueves 6 de febrero de 1969: solicitada de obreros petroleros sobre demanda de mejoras salariales. Uno de los principales demandados, Carlos Pérez Compagné, es el brazo económico de la Universidad Católica Argentina). Como punto final, también en lo que respecta al alumnado hay situaciones insostenibles. La más grave: la dis-

criminación psicológica que los aranceles y la extracción social del alumnado ejercen casi sin sentirse sobre los posibles candidatos. Los rectores de las universidades católicas podrán decir que en ellas nadie deja de estudiar por falta de recursos, especialmente en las de Buenos Aires, pero eso puede ser en el orden de la oferta teórica. En la práctica, a ningún muchacho de barrio pobre se le pasa por la cabeza la posibilidad de que una de esas becas abstractas pueda ser suya. Y basta recorrer los patios de la Universidad del Salvador, para comprender que ninguna mujer de extracción popular podrá pensar que pueda integrarse en el elemento humano donde la última moda parece desfilarse por los claustros. Este factor de eliminación automática, natural y humano, nunca fue enunciado por la Iglesia. Nunca una campaña de promoción por los medios de comunicación social fue clara y terminante.

Y como si todo esto fuera poco, las universidades católicas sirvieron en gran número para la tranquilidad de conciencia de los padres cómodos y burgueses, que pudieron enviar a sus hijos a lugares "sanos moralmente" y donde se "podía estudiar" para terminar la carrera prontamente.

En lugar de buscarse una institución donde se elevara el nivel de la ciencia, se procuró el invernadero acogedor y seguro, el andador psicológico para jóvenes de 20 años entre cuyos derechos cívicos estaba el de elegir al presidente de la nación. No en balde algunas universidades llegaron a tener un número mayor de mujeres que de varones en su alumnado total.

Sobre este tema, las conclusiones pastorales del documento de Medellín son bien claras: "Esta Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que se ha propuesto comprometer a la Iglesia en el proceso de la transformación de los pueblos latinoamericanos, fija muy especialmente su atención en la educación, como un factor básico y decisivo en el desarrollo del continente... se ofrece a nuestra vista con características a la vez de drama y de reto"¹⁶.

Para terminar el análisis de los tópicos más importantes de los documentos de Medellín, no podemos pasar por alto lo relacionado con los monopolios internacionales y el imperialismo internacional del dinero, a lo que debe agregarse el armamentismo de América Latina.

Para centrar nuestra mira en Argentina, y comprobar que ese problema también nos afecta, basta recordar la incesante compra de industrias y bancos argentinos realizada por capitales estadounidenses y europeos en los años 1967/68, (Cfr. Primera Plana, N° setiembre de 1968), y la penetración ideológica del neocolonialismo europeo mediante los testaferros de empresas importantes radicadas en nuestro país. Entre ellas se cuenta, por increíble casualidad y como una de las principales presionadoras, FIAT (cuyos directivos gozan de la más estrecha amistad de Nuncios y Obispos Argentinos).

Como forma lateral de esa presión económica, la carrera armamentista de los países americanos, "necesidad ficticia que responde a intereses diversos y no a una verdadera necesidad de la comunidad nacional"¹⁷, surge

como un derroche alevoso que sólo justifica la proliferación de las luchas internas de los grupos de poder que intentan tomar el gobierno, y el engaño de los ingenuos militares nacionales que, encandilados por la idea de la defensa territorial, hacen el juego al militarismo entreguista y expoliador que sirviendo al imperialismo deja de proteger la integridad de la nación latinoamericana para ensañarse en la represión de los movimientos nacionales bajo la falsa protección de las "fronteras ideológicas". Y, una vez más, también la usura de los monopolios internacionales.

Una vez más, entonces, el neocolonialismo muestra su cara. Paulo VI dice que "cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia... toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable"¹⁸, y no hay nada más que agregar.

En estos últimos días, Perú está conmoviendo al mundo con su valentía al desenmascarar los disfraces de la inocente invasión. 700.000.000 de dólares sustraídos de una tierra de miseria, amparados bajo la tranquilidad del "orden", son de tal manera un golpe en el rostro de la miseria del continente que no puede dejar impávido a nadie que no tenga una "insensibilidad lamentable". Estas fuerzas "inspiradas en el lucro sin freno"¹⁹ son, sin lugar a dudas, "las principales culpables de la dependencia económica de nuestros países"²⁰.

c) *La violencia.*

Ex profeso hemos omitido hasta aquí el tema de la violencia en América Latina, porque consideramos que desde el punto de vista político, se trata de un tema meramente instrumental, algo táctico, y por lo tanto secundario en la concepción del problema.

Porque el verdadero dilema de América Latina no es lucha guerrillera contra orden y desarrollo, sino justicia y paz contra esclavitud y violencia. Violencia engendrada por aquellos que sojuzgan y oprimen por tener mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder; ellos son los verdaderos culpables de las soluciones extremas porque "no actúan en favor de la justicia en la medida de los medios de que disponen y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz"²¹.

Desde todos los tiempos, reaccionar en favor de una condición más humana de vida; de una participación más plena en la cultura de su tiempo; de un uso más auténtico de la libertad, se ha llamado defensa de los derechos del hombre. En definitiva, defensa propia, y no violencia agrevisa. Pero ante la "situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada"²², conviene no "abusar de la paciencia de un pueblo"²³, porque entonces ya no existen garantías de que un mero instrumento táctico no se convierta en la única salida posible para desterrar del poder, y de todo el poder, a los

explotadores. Eso deben tener en cuenta nuestros Obispos para no preocuparse por las metralletas, si saben alzar su voz sin temblores y sin compromisos cuando el tiempo de la paciencia todavía es posible. Pero, verdaderamente, a la Iglesia no le quedan muchas oportunidades porque a lo largo de los últimos años ha desperdiciado tantas en su triste noviazgo con la riqueza y el poder que sobre ella se cierne hoy más que nunca, ante el aparente surgimiento de una nueva era de orden y cristianidad, el peso de ser responsable ante la historia por ayudar a producir una más de las que Paulo VI ha denominado "revoluciones explosivas de la desesperación"²⁴.

3. *Conclusión.*

A la Iglesia le toca responder ahora a este llamado de la juventud nacional. A la Iglesia le toca ahora definirse claramente como la Iglesia de los pobres. A la Iglesia le toca ahora reencontrarse con el pueblo, porque el camino de la liberación se recorrerá con ella o contra ella, y una vez conseguida tendrá que venir suplicante a pedir la callada participación que antes denegó, cuando era tiempo de ser vanguardia, como lo enseña tristemente la historia del siglo XX.

Las conclusiones pastorales del documento de la comisión Nº 1 de Medellín son por demás explícitas: "El Episcopado Latinoamericano no puede eximirse de asumir responsabilidades bien concretas... A nosotros pastores de

la Iglesia, nos corresponde educar las conciencias... Nos corresponde también denunciar todo aquello que al ir contra la justicia, destruye la paz... Despertar en los hombres y en los pueblos... una viva conciencia de la justicia... Defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social... Denunciar enérgicamente los abusos y las injustas consecuencias de las desigualdades excesivas entre ricos y pobres... Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base... Pedir el perfeccionamiento de la administración judicial, cuyas deficiencias a menudo ocasionan serios males... Urgir para que... se detenga y revise el actual proceso armamentista... Alentar y elogiar las iniciativas y trabajos de todos aquellos que en diversos campos de la acción contribuyen a la creación de un orden nuevo que asegure la paz en el seno de nuestros pueblos"²⁰.

Juventudes Argentinas para la
Emancipación Nacional
J.A.E.N.

NOTAS

- 1 Documento final de la Comisión Nº 4. Juventud.
- 2 Idem.
- 3 Ezequiel, 34, 1-10.
- 4 Decreto "Christus Dominus" sobre la Función Pastoral de los Obispos.
- 5 Idem.
- 6 Isaias, 1, 11-17.
- 7 Documento final de la Comisión Nº 1.
- 8 Idem.
- 9 Discurso de Paulo VI, pronunciado en Mosquera el 23 de agosto de 1968.
- 10 Documento final de la Comisión Nº 1.
- 11 Idem.
- 12 Idem.
- 13 Idem.
- 14 Discurso de Paulo VI, pronunciado en Mosquera el 23 de agosto de 1968.
- 15 Documento final de la Comisión Nº 3. Educación.
- 16 Idem.
- 17 Documento final de la Comisión Nº 1.
- 18 Idem.
- 19 Idem.
- 20 Idem.
- 21 Idem.
- 22 Idem.
- 23 Idem.
- 24 Discurso de Paulo VI en la celebración eucarística del Día del Desarrollo, el 23 de agosto de 1968.
- 25 Documento final de la Comisión Nº 1.